

LOS
VIGILANTES
DE LOS DÍAS



ALBERTO GRANADOS

LOS
VIGILANTES
DE LOS **DÍAS**




ESPASA

ESPASA © NARRATIVA

© Alberto Granados, 2011
© Espasa Libros, S. L. U., 2011

Diseño e imagen de cubierta: más!gráfica

Depósito legal: M.
ISBN: 978-84-670-

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión:

Espasa Libros, S. L. U.
Paseo de Recoletos, 4
28001 Madrid
www.espasa.com

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

CAPÍTULO 1

El sumo sacerdote levantó al aire las manos empapadas de sangre aún caliente que goteaba a lo largo de sus brazos. Las miles de personas que se congregaban bajo la pirámide gritaban enfervorecidas, sin importarles que junto al monumento se acumularan los cadáveres decapitados y sin corazón de muchos de sus hermanos. Cada sacrificio provocaba en el gentío un estado de excitación que rayaba en la locura.

Jaleado por su pueblo, el sacerdote comenzó a moverse. Daba pasos inseguros, temeroso de resbalar en el suelo de piedra bañado de sangre. Volvió a lanzar los brazos al aire con más fuerza, incitando el griterío de su pueblo. Se acercó al borde de la pirámide y vociferó con la mirada perdida:

—¡Poderoso Kukulcán, cuya furia podría arrastrar esta tierra al olvido, permítenos aplacar la ira con este sacrificio para ensalzarte en tu gloria...!

Sus ayudantes se acercaron hasta el siguiente elegido, que, al igual que yo, iba pintado con un tinte azul que le cubría todo el cuerpo. Sus piernas temblorosas apenas podían sostenerle en pie.

El sacerdote se aproximaba a la multitud animado por los gritos enloquecidos. El humo lo inundaba todo mientras los tambores acompasaban con más fuerza la ceremonia provocando un ruido ensordecedor. Observé cómo a mi hermano de clan lo tumbaban sobre una losa fría. Temblaba como un animal desprotegido. Yo también me estremecí temiendo ser el siguiente en ocupar su puesto.

El sumo sacerdote recibió de uno de sus discípulos un tosco puñal tallado en piedra y la muchedumbre levantó sus manos hacia él reclamándole más sangre. Con el puñal apretado fuertemente entre sus dedos, continuó gritando:

—¡Para que nuestro pueblo sea próspero! ¡Para ser dignos en tu regreso! Guerrero valeroso y voluntario... ¡Con tu sangre renuevas el mundo! ¡De edad en edad! ¡Gracias te sean dadas!

En ese momento, el sacerdote estrechó aún más el puñal entre sus manos, lo elevó hacia el cielo y, cerrando los ojos, lo impulsó con todas sus fuerzas hundiéndolo en el pecho de mi amigo. La sangre salpicó alrededor dejando algunas gotas granates en la cara del sacerdote. A pesar de tener el cuchillo clavado en su pecho, mi hermano siguió pateando furiosamente con los últimos hálitos de vida que le quedaban.

A continuación, metió el puño en la hendidura recién abierta y, con un tirón brusco, extrajo el corazón aún palpitante. Lo levantó en su mano y se lo enseñó a la multitud. El gentío rugía, borracho de sangre. Acercó el corazón hasta una copa que le ofreció otro de sus ayudantes y éste a su vez lo lanzó sobre las brasas incandescentes depositadas sobre una bandeja de metal. El olor a carne quemada se hizo insupportable. El sacerdote que acababa de recibir el corazón lo recogió de las brasas y automáticamente entró en trance. Sus ojos bailaban al ritmo de una extraña letanía que comenzó a recitar repetidamente.

Abajo, las miles de personas llegadas de todos los rincones de la región esperaban ansiosas que el sacrificio continuara.

Otro de los oficiantes, tocado con un vistoso gorro repleto de piedras preciosas y plumas de animales, agarró algo parecido a un hacha y lo lanzó sobre el cuello de mi hermano. Le arrancó, de un certero tajo, la cabeza del cuerpo. Fue terrible presenciar cómo el sumo sacerdote recogía del suelo la cabeza agarrándola por los pelos y la arrojaba por las escaleras de la pirámide. Parecía como si todos se hubieran vuelto locos. El gentío levantaba los brazos para recibir el sangriento trofeo que se precipitaba rodando por los escalones de piedra gritando y bailando, como si no le importaran las vidas de los sacrificados. No satisfechos con haber lanzado la cabeza de mi hermano, cogieron el cadáver mutilado por las manos y los pies y lanzaron por las mismas escalinatas lo que quedaba de aquel cuerpo inerte.

Yo no podía soportar tanto dolor. Intentaba respirar con normalidad, pero no lo conseguía, tenía que realizar un gran

esfuerzo para llenar los pulmones de aire. De pronto, noté que mis captores apretaban con un poco más de fuerza mis brazos sudorosos. Aquel simple gesto era la confirmación de que yo sería el siguiente. Por mi cabeza comenzaron a desfilar cientos de imágenes: mi mujer y mi hijo recién nacido abandonados en una oscura gruta que les servía de escondite. Casi podía escucharla diciéndome: «¡Vuelve conmigo!».

Los dos guardianes me condujeron hacia la piedra del sacrificio y me tumbaron con violencia sobre ella.

Los tambores comenzaron a sonar cada vez más fuerte. El sumo sacerdote se acercó y, aunque intenté soltarme de mis captores, enseguida me di cuenta de que el esfuerzo era inútil: me tenían sujeto con todas sus fuerzas. Mi respiración se aceleró, el sudor me caía abundantemente, empapando todo mi cuerpo, y lancé un tímido quejido que me quemaba la garganta. Observé aterrorizado cómo el sacerdote apretaba el puñal con sus dos manos y lo levantaba hacia el cielo. En ese momento, mis músculos se tensaron esperando el contacto con la fría piedra del puñal. El arma asesina comenzó a bajar a gran velocidad...

—Riiinnnggggg... riiiiinnnggggg... riiiiinnnggggg...

El teléfono del apartamento de Richard sonó con insistencia.

Nueva York, lunes 27 de febrero de 2012

—¡Dios santo! ¡Qué susto me he llevado! —Richard buscó torpemente sobre la mesilla el mando a distancia de su DVD, pero todo lo que encontró cayó violentamente al suelo. A tientas, consiguió localizarlo y apretar el stop. Ahora quedaba otra penosa tarea para alguien recién despertado: recorrer la cama hasta la otra mesilla y levantar el auricular.

—¿Dígame?

—¿Richard? —preguntó una voz al otro lado.

—¿Qué pasa, Charlie? ¡Qué susto me has dado, joder!

—Tuvo que coger unas bocanadas de aire para recuperarse y poder seguir hablando.

—¿Por qué? ¿Pasa algo?

—¡No, qué va! Me he debido de quedar dormido mientras veía *Apocalypto*. Estaba soñando que le iban a arrancar el corazón a un maya y ese pobre era yo... ¡Ufff!

Richard se desperezó intentando prestar atención a su compañero.

—¿Tú también estás obsesionado con el año 2012? ¡Dios! No sé qué os pasa a todos —replicó Charlie, divertido.

—No, hombre, no. Pero ¿qué dices? ¿Qué somos? ¿Marines o princesitas? —contestó Richard—. Anoche, aprovechando que estaba solo, comencé a documentarme para los reportajes.

—Por eso te llamo —apuntó Charlie—. Necesito que te pases por la redacción para que vayamos ultimando todo lo que necesitas para el viaje. ¿Te parece bien que te acompañen Marc y Rul?

—Sí, Marc es un buen cámara y, si está libre, me gusta siempre trabajar con él. Con Rul, lo mismo para el sonido. Inténtalo.

—¡Perfecto! ¡Me pongo a ello! Te espero para almorzar. No tardes, que tengo una jauría de perros en el estómago, je, je...

—¡Vale! Me ducho y voy para allá. Un abrazo.

—¿Un abrazo? ¡Mejor un besito, princesita! —Charlie colgó entre carcajadas.

Richard saltó con energía de la cama. Abrió el armario, sacó un banco para hacer abdominales y lo colocó bruscamente en el centro de la habitación. Se quitó la camiseta, enganchó los pies en el extremo y comenzó a inclinar su cuerpo con fuerza, una y otra vez. Aunque no era un tipo que se machacara constantemente en el gimnasio, le gustaba mantenerse en forma. Todos los días intentaba robar unos minutos a las intensas jornadas laborales para correr por el cercano Central Park. Las trescientas abdominales diarias se habían convertido casi en su particular ritual sagrado que ofrecía a los dioses como ofrenda. A cambio, sólo les solicitaba que no le pesaran demasiado sus cuarenta y cinco años, algo difícil de conseguir porque era un apasionado de la buena mesa. Conocía decenas de restaurantes en Nueva York y gracias a sus constantes viajes también había visitado centenares en todo el mundo, de los que escribía, en sus ratos libres, en un conocido portal de Internet.

Richard ya era prácticamente uno más en la ruidosa y desbordante ciudad de Nueva York. Había desembarcado en el ajetreado aeropuerto John F. Kennedy hacía quince años y rápidamente se había integrado en la descomunal urbe de los rascacielos y las oportunidades. Un contrato en el prestigioso canal televisivo CNN había conseguido arrancarlo de la redacción del periódico madrileño en el que trabajaba hasta ese momento. Durante toda su vida en España, Nueva York se había convertido en una obsesión y en cuanto la oportunidad llamó a su puerta, no la desaprovechó.

Había llegado a la redacción de la reputada televisión gracias a su perfecto dominio del inglés. Su madre, que era americana, por fin vería recompensados los esfuerzos que en su momento realizó, porque, desde sus primeros días de vida, todo su empeño consistía en que su hijo hablara su lengua natal. Al pequeño Richard este doble idioma le provocó un cierto retraso que le hizo hablar más tarde que cualquier niño de su edad, pero cuando lo consiguió, el castellano y el inglés comenzaron a fluir con total naturalidad. A su padre, español, se dirigía en un perfecto castellano y a su madre, en un inglés impecable.

—Doscientas noventa y ocho... doscientas noventa y nueve y ¡trescientas! Bufffff. ¡Cada día me cuestan más! —suspiró Richard con sus últimas fuerzas.

Inmediatamente se dirigió hacia el baño, abrió el grifo del agua caliente y se sumergió bajo el chorro. Sintió cómo se iban relajando todos sus músculos poco a poco, hasta que un pequeño giro provocó que empujara con el codo varios de los envases que se apilaban en el estante de la pequeña ducha. El más lleno se le cayó justo encima de los pies.

—¡Dioss! ¡Otra vez! ¡Mira que le he dicho a Paula que no ponga tantos botes! —se quejó.

Paula era su mujer, una neoyorquina de cuarenta años, resultona, coqueta y obsesionada con los productos de belleza. Gastaba una buena parte de su sueldo de periodista en adquirir las últimas novedades corporales y entre sus numerosas manías había una que exacerbaba de manera especial a Richard: jamás usaba el mismo champú dos días seguidos. Eso provocaba una masificación de envases en las pequeñas

baldas que hacía imposible darse una ducha sin que alguno de los botes terminara cayendo. Al principio, Richard lo había asumido como un juego entre ellos, pero hacía tiempo que simplemente le molestaba.

El agua caliente terminó de tranquilizarlo. Salió de la ducha cojeando y con el pie algo enrojecido por el golpe.

Tenía la suerte de vivir en una cómoda casa en la calle 71, a unos quince minutos andando del trabajo. Había pasado su primer año en Nueva York en un modesto piso que compartía con otro periodista. A los pocos meses conoció a Paula. Sus dos sueldos les permitieron comprar una pequeña casa de tres alturas con una escalera de acceso con barandilla, el sueño de Richard. Su blanca fachada hacía que destacara entre los dos edificios de ladrillo que la flanqueaban. A pesar de tener tres pisos, no era una casa muy grande. Las plantas no tenían demasiados metros cuadrados, pero eran ideales para un matrimonio sin hijos.

Esa mañana lucía el sol. A Richard le encantaba bajar las escaleras de la entrada de su casa y en medio de los peldaños dejar que los rayos le inundaran la cara. Para llegar a la redacción de CNN recorría andando parte de la avenida Broadway. Adoraba pasear y esta despejada avenida, con un bulvar central repleto de árboles, era el decorado perfecto para hacerlo.

Caminó a buen ritmo hinchando sus pulmones con esa mezcla de aire puro procedente de Central Park y el humo de motores y chimeneas del vecino Harlem. El bullicio del tráfico le acompañaba a cada paso, pero no le importaba. Amaba Nueva York y al final del trayecto encontraría su recompensa: el supermercado Whole Foods Market, situado en la misma plaza Columbus en la que estaba CNN.

Desde que habían puesto aquel impresionante supermercado, Richard disfrutaba como un niño recorriendo los pasillos abarrotados de productos de todo tipo. No había comida de ningún lugar del mundo que no se pudiera encontrar allí, para gozo de los más sibaritas, y tenía habilitadas en la entrada unas mesas muy agradables.

Richard se tomaba un zumo de frutas y un sándwich y observaba con deleite cómo devoraban la comida los clien-

tes de las mesas vecinas. Desde tallarines con pollo a platos indios o *sushi*, sus estanterías eran una auténtica mezcla de aromas y sabores. Aquella mañana atrajo su atención un grupito de coreanos que se habían hecho fuertes en un rincón. Habían dispuesto varias sillas alrededor de una de las mesas, que estaba abarrotada con bandejas de arroz, tallarines y algunos platos coloridos que no distinguía muy bien desde la distancia. En pocos minutos revolucionaron el ambiente con sus gritos y con la velocidad con la que devoraban.

Sonó el móvil y volvió a sus asuntos.

—¿Sí? —Richard contestó sin mirar la pantalla.

—¡Hola, Richard! ¿Dónde andas? —La voz de Paula, su mujer, se escuchó al otro lado.

—¡Ah! ¡Hola, cariño! ¿Sabes que todavía tengo el pie enrojecido por uno de tus botecitos de champú?

Paula se defendió al otro lado del teléfono.

—¡Venga, no seas crío! ¡No haces más que quejarte! ¡Escúchame! Te llamo para decirte que no me esperes a cenar, llegaré tarde.

Se hizo un silencio. Paula esperaba el reproche de su marido.

—Más bien querrás decir que hoy *tampoco* vienes a cenar. ¡Vaya una novedad! —se quejó Richard.

—Mira, no empieces. Aún es temprano y no quiero tener ya la mañana. Un beso. —Paula colgó el teléfono dejando al periodista con el sermón en los labios.

El matrimonio de Richard no pasaba por sus mejores momentos. Era consciente de que su relación nada tenía que ver con la de hacía unos años. Paula cada vez estaba menos en casa y en su periódico, curiosamente, la enviaban con más frecuencia a realizar reportajes fuera de la ciudad. Pesaban los catorce años juntos y, sobre todo, sus trabajos. Aún eran los bichos raros de la profesión. Era poco habitual ver una pareja de periodistas casados durante tanto tiempo.

El móvil volvió a sonar.

—¡Dioss! ¡Cualquier día lo tiro! —Esta vez sí miró la pantalla: CNN.

—¿Síííí? —preguntó Richard imaginando quién le llamaba.

—¿Dónde andas? ¿Vienes ya o qué? —gruñó Charlie.

—Sí, estoy abajo. Espérame. Lo que tarde en subir. —Richard colgó. Recogió los papeles y envases de su mesa y se marchó.

La redacción de CNN estaba situada en la plaza Columbus, en uno de los edificios más emblemáticos de la lujosa zona: el Time Warner Center. Impresionaban sus dos enormes rascacielos, ya no solamente por sus medidas, sino porque se habían convertido, después del terrible atentado del 11 de septiembre, en uno de los edificios más significativos de la Gran Manzana.

Richard aún recordaba la entrevista que le había hecho a un multimillonario de uno de los áticos que pudieron comprar unos pocos privilegiados a los que les sobraban treinta y seis millones de dólares. En este caso, había sido el regalo de aniversario para una rubia explosiva que se había encaprichado con el suntuoso apartamento, desde el cual se dominaba la ciudad entera.

Cuando no tenía que hacer ningún reportaje, Richard iba al Time Warner. Se apelotonó con el resto de visitantes dentro del ascensor. Sacó del bolsillo la acreditación y se la colgó. Antes de acceder a la redacción tenía que enseñarla en el control de seguridad de la entrada.

—¡Buenos días, señor Cappa! —le gritó el guardia.

—¡Buenos días, Alfred! ¿Qué? ¿Cuántos donuts te has comido hoy? —bromeó Richard.

—Hoy solamente siete, señor... ¡Estoy a dieta! —le contestó el agente frotándose divertido la enorme barriga.

Richard pasó a la redacción entre risas. Le encantaba bromear con todo el que se cruzaba en su camino y le divertía sobremanera reírse de los neoyorquinos, que no terminaban de entender su irónico humor español. Estaba claro que no les hacían gracia las mismas bromas.

La redacción de CNN era una enorme sala repleta de mesas alineadas y pantallas de televisión. En cada puesto había un teléfono, un ordenador y montañas de papeles, el orden era poco habitual en las mesas de los periodistas. Había un bullicio constante, sobre todo en horas de máxima audiencia,

y esto se complicaba porque los estudios donde se realizaban algunos directos estaban muy cerca. No era extraño ver a redactores y reporteros pegándose alocadas carreras, esquivando mesas y compañeros.

Richard divisó a Charlie a lo lejos. Llevaban trabajando juntos mucho tiempo y se compenetraban perfectamente. Charlie era el productor jefe del área de reportajes, la persona encargada de que todo saliera adelante: billetes de avión, hoteles, material... todo pasaba por su control. En el caso de que Richard necesitara un elefante rosa para uno de sus reportajes, y siempre que dispusieran de presupuesto, se lo localizaría o pintaría, llegado el caso.

Aunque tenían una gran complicidad, ganada a base de años, no significaba que productor y periodista se trataran como hermanitas de la caridad. Si era necesario, se batían en interminables discusiones: Richard intentando conseguir más y mejores medios para sus reportajes y Charlie ajustando al máximo las necesidades para suavizar el presupuesto final.

—¡Venga, dormilón! ¡Llevo dos horas esperándote! ¡Cada día llegas más tarde! —le gritó Charlie, recriminándolo.

—¿Y en todo ese tiempo has hecho algo aparte de ver chavalas desnudas en Internet? —le preguntó al productor intentando enrabetarlo—. Yo ya me he hecho mis trescientas abdominales diarias. —Richard se levantó la camisa y le enseñó a su amigo el torso desnudo—. ¡Mira, mira! Hazme una foto y se la enseñas a tu mujer para que sepa lo que es un hombre.

—¡Venga, déjame, loco mexicano!

—¿Yo mexicano? —le preguntó Richard—. ¡Pues ven aquí, manitoooo! —En ese momento apareció en la sala el jefe de redacción, Daniel.

—¡Venga, chicos! ¡Vamos a trabajar, que parecéis críos! —Aunque no lo reconocía ante ellos, al jefe le divertía observar las bromas que siempre se dedicaban los dos amigos, le hacía gracia lo gamberro que era Richard.

—¿Cómo va lo del viaje a México? —preguntó Daniel.

—¡Muy bien! —contestó Richard—. Precisamente, ahora íbamos a ultimar todos los detalles.

—¡Perfecto! Luego me cuentas. No os vayáis de la redacción sin pasaros por mi despacho —les ordenó.

Los dos amigos permanecieron tranquilos hasta que el jefe desapareció de su vista.

—¡Cualquier día me buscas la ruina! —A Charlie no le gustaban nada las bromas delante del jefe.

—¡Venga! ¡Vamos a trabajar! —le contestó Richard.

Charlie y Richard se dirigieron hacia el rincón de la sala donde se encontraba la mesa del periodista. Había conseguido hacerse con la esquina más apartada del despacho del jefe. Aquel rinconcito era como su santuario. Las enormes cristaleras le dejaban divisar Central Park. Y justo detrás de él tenía un enorme corcho en la pared atiborrado de papeles y fotografías de sus múltiples viajes. La mesa estaba repleta de carpetas, documentos y periódicos y, junto a la pantalla del ordenador, se amontonaban algunos recuerdos.

Charlie cogió un marco de la mesa y miró la foto. Richard estaba frente a la Gran Pirámide, en El Cairo, con su mujer.

—¿Qué tal con Paula? ¿Cómo va todo? —El productor estaba al día de la situación del matrimonio. En muchas ocasiones había sido el paño de lágrimas de su amigo y sus mujeres eran íntimas amigas.

—¡Bueno! Ahí vamos. Ayer no durmió en casa y hoy tampoco viene a cenar, la tienen muy liada en su trabajo o, al menos, eso dice ella. —Richard le arrancó a Charlie el marco de las manos y lo volvió a poner en la mesa, esta vez un poco ladeado para no ver a su mujer.

—Bueno, vamos al tajo. —El periodista intentaba huir de la incomodidad—. ¿Me has conseguido a Marc y a Rul para el viaje?

—Sí, no te preocupes —contestó Charlie—, los dos están libres esos días y encantados de viajar contigo... ¡No sé qué les das! —Sonrió pícaro.

—Pues ya sabes... No les hago madrugar mucho, les tengo nadando en alcohol y les dejo mi agenda de teléfonos... ¡Te recuerdo que tengo muy buenos contactos! —Richard sonrió poniendo cara de interesante.

—¡Sí! ¡En los geriátricos! —contestó Charlie—. La edad media de esa agenda ronda los setenta años.

—¡A ver, señor huraño! ¿Dónde nos alojas esta vez? Espero que no sea en una de esas pensiones repletas de chinches, como haces habitualmente.

—Aunque no te lo mereces, os he conseguido el hotel que a ti te gusta —contestó Charlie, orgulloso.

—¿El Majestic, al lado del Zócalo? —preguntó Richard, expectante.

—¡El mismo!

A Richard se le iluminó la cara.

—¡Qué grande eres! ¡La de margaritas que me he tomado en esa terraza disfrutando de las vistas de la impresionante plaza! ¡Qué gozada!

—Sí, no hace falta que lo jures —le reprochó Charlie—. Es a mí a quien entregas esas facturas que después tengo que camuflar como puedo.

—Ya sabes, querido Charlie, que en México hay muchos amigos a los que hay que tratar bien si quieres trabajar sin problemas. Bueno, cuéntame cuál es el plan del viaje —señaló Richard, que, cuando se trataba de trabajo, dejaba de lado las bromas. Ya centrado y con su Moleskine negra abierta, escuchaba atento a su amigo.

—Te cuento: Obama tiene previsto volver a visitar México el 15 de marzo. Eso significa que durante toda la semana y los dos días que permanezca allí tendremos que dar cobertura del evento y lucirlo un poco.

—¿Me va a tocar hacer conexiones en directo?

—No, de los directos se encargará Harris. A ti te dejamos el resto. Tendrás que hacer lo mismo que durante el último viaje del presidente, algunos reportajes de apoyo para que nuestros espectadores conozcan un poquito más la cultura mexicana —explicó el productor.

—Yo había pensado en un par de reportajes de gastronomía, alguno de arqueología, un par de ellos de ambiente en general, ya sabes, calle, compras, gente... Y tengo algo que en el otro viaje no pude hacer: si queremos mostrar cómo es el pueblo mexicano en toda su autenticidad, hay que hablar del culto a la muerte. Me gustaría localizar la iglesia de la Santa Muerte... —Richard se fijó en la cara de extrañeza que había puesto su compañero, pero no le dejó abrir la boca—. Está en

el peor barrio de México D.F. y, al parecer, en ella rinden culto a una calavera a la que visten y veneran como si fuera una virgen auténtica.

La cara del productor cambió de golpe.

—¿Has dicho la Santa Muerte?

—Venga, Charlie... ¡No empieces!

—¡No, Richard, no empieces tú! Quiero que este viaje sea tranquilito. No quiero que te busques ningún lío. ¿Me oyes? —Charlie había empezado a alterarse y a respirar violentamente.

—¡Venga, cálmate! Te prometo que en este viaje seré un buen chico.

—Bueno... ¡sigamos! El jefe ha propuesto que haga algo relacionado con el fin del mundo. En la calle y en los medios se comenta lo de la profecía maya, se supone que quedan pocos meses para que llegue el fin del mundo y nosotros casi no le hemos dado cobertura.

—Ya sabes que si lo pide el jefe... Aunque ya conoces mi opinión de semejante chorrada...

—Sí, lo sé... ¡Tú mismo! Bueno, te dejo, que tengo que preparar muchas cosas. Cuando comamos, me cuentas qué vas a necesitar para el viaje.

—Venga, perfecto, luego te veo... ¡Espero que puedas estar un par de horas sin mí! —Mientras se marchaba, y sin darse la vuelta, Charlie le enseñó el dedo corazón a su amigo a la vez que meneaba las caderas como si se encontrara desfilando en la mejor pasarela de París.

Richard encendió el ordenador, buscó la carpeta «México» y la abrió. Localizó el archivo de «contactos» y echó un vistazo a los nombres que tenía apuntados, compañeros y amigos mexicanos dispuestos a echarle una mano siempre que lo necesitara y negociara un precio adecuado.

—¡Aquí está! —Había encontrado el teléfono de Fernando, un periodista amigo suyo que trabajaba para Televisa, una de las televisiones mexicanas más importantes.

Richard se había valido de su amigo en innumerables ocasiones y, aunque hacía algún tiempo que no visitaba la capital mexicana, estaba convencido de que el periodista le ayudaría en todo lo que hiciese falta.

Levantó el teléfono y marcó su número.

—¿Fernando? —preguntó Richard.

—¿Sí? Fernando al aparato. ¿Quién llama?

—¡Soy Richard! De CNN. ¿Cómo te va, amigo?

—Heyyy, güey, me alegro de saber de ti. ¡Gringo mamón!

En cuanto me enteré de que venía de visita tu presi me imaginé que no tardarías en llamar. ¡Serás chingón! Esto te va a costar unos cuantos margaritas.

—¡Eso está hecho! Estaré allí el próximo viernes. Resérvame un hueco en tu agenda, cenamos y te ahogo en tequila. ¿Te parece?

—¡Cómo sois los jodidos capitalistas! Pensáis que los pobres mexicanitos no tenemos otra cosa que hacer más importante que esperar al gran amo americano para servirle —le contestó Fernando provocándole—. Bueno, cuenta, ¿qué necesitas? —A pesar de las bromas sabía que los margaritas tendría que ganárselos.

—Esta vez no te voy a dar mucho trabajo. Quiero hacer un reportaje sobre la iglesia de la Santa Muerte y otro sobre Teotihuacán. Eso es lo más complicado, el resto, imagínatelo: un poco de ciudad, ambiente, algo de gastronomía...

—¡Sin problema! —contestó el mexicano—. Mándame ahorita un mail contándome lo que necesitas y, sobre todo, los días de grabaciones y me organizo para tenértelo todo preparado. ¡Ahhh! Ponme también tu número de vuelo, si puedo, te pasaré a buscar al aeropuerto. ¿Dónde te alojas?

—En el Majestic del Zócalo —contestó Richard.

—¡Qué pendejo! ¡Hay que chingarse con lo bien que vives!

—¡Venga, venga! ¡No te quejes! Ya sabes que luego yo me gasto todas las dietas dándote de beber —le aclaró Richard, divertido—. En cuanto pueda te envío un mail y nos vemos el viernes... ¡Cuídate!

—¡Hasta el viernes, amigo! ¡Cuídate tú, gringo!

Richard abrió su Moleskine y comenzó a apuntar todo lo que necesitaría para luego pasárselo a Charlie y a Fernando. Anotó los días que requeriría de montaje para que le fueran reservando equipo y horas en Televisa, ya que desde hacía un año CNN se había visto forzada, por la crisis, a cerrar al-

gunas corresponsalías, entre ellas la de México. También apuntó que tenía que pedir permisos para grabar en Teotihuacán y en un par de restaurantes mexicanos. Además, tenía intención de patrullar una noche con la policía. Quería que los espectadores de CNN supieran cómo eran las calles de D.F. cuando la ciudad dormía.

Mientras estaba apuntando todo esto, el ordenador le avisó de que había recibido un mail. Fernando le había enviado un artículo. El asunto era: «El barrio que venera a la Santa Muerte». No había duda de que Fernando era el mejor contacto que se podía tener en aquella alocada capital mexicana. El artículo continuaba: «Bienvenidos a Tepito, en el centro de México D.F. Uno de los barrios más peligrosos de América. Bautizado como “fábrica de delincuentes”. Una explosiva mezcla de contrabandistas, narcos y comerciantes piratas con algo en común: su culto a una Virgen calavera». Pinchó en responder y escribió: «Gracias, amigo, ya te has ganado el primer tequila. Abracts».

Richard continuó en su mesa buceando en Internet para recabar información sobre los reportajes que realizaría en D.F. y anotó en su libreta teléfonos, datos, direcciones, enlaces curiosos, etcétera. El teléfono, sepultado bajo los papeles, comenzó a sonar.

—Richard Cappa. ¿Dígame?

—Richard, me voy en cinco minutos... ¿Tienes algo? —Era la inconfundible voz de su jefe.

—Sí, Daniel. Ahora mismo voy y te cuento. Dame un segundo.

Cogió su libreta y atravesó la redacción rumbo al despacho. Esquivó a algunos compañeros que ya preparaban el informativo y bromeó con dos redactoras hasta que escuchó la voz de Daniel reclamándole para la reunión. Richard entró en el despacho. Allí ya le esperaba, sentado también, Charlie.

En cuanto se sentó Richard, el jefe les preguntó:

—Bueno, contadme... ¿Qué tenemos preparado para vestir la visita del Gran Jefe? —Con ese mote cariñoso se referían entre ellos a Barack Obama.

—Pues tenemos proyectados varios reportajes —comenzó Richard—. Haremos dos sobre gastronomía y otros dos sobre

cultura general. Tenía pensado visitar dos de los mercados más importantes de D.F., uno, el que está junto a la catedral, donde principalmente hay recuerdos para turistas, y el otro, el de Sonora. Es un mercado enorme dedicado a productos relacionados con la santería, tienen desde amuletos a santos, vírgenes, bebedizos e incluso animales. Muchos los utilizan luego para sacrificios.

—De momento vas bien, sigue. —Daniel parecía satisfecho.

—Luego había pensado, obviamente, realizar uno sobre la basílica de Guadalupe, otro sobre la ciudad azteca de Teotihuacán y luego un par de ellos sobre temas de seguridad. Por un lado, estoy gestionando patrullar una noche con un vehículo de la policía y, por otro, voy a intentar grabar en la Santa Muerte, una curiosa iglesia a la que acuden delincuentes, narcos y gente pobre en un peligroso barrio llamado Tepito. Puede ser interesante.

—¿Y todos esos reportajes en cuantos días? —preguntó el jefe, incrédulo.

—Pues me marcho este viernes y estaré...

—¡Hasta el domingo 18! —le interrumpió Charlie, que ahora ejercía de productor—. En total, estará diecisiete días. Creo que habrá tiempo suficiente.

Daniel deslizó su silla y comenzó a recoger algunas cosas de la mesa. Eso significaba que la reunión había terminado.

—¡Por cierto! —apuntó—. Deberíamos hacer algo sobre el 2012. Esta mañana se han suicidado otros diez tipos en Guatemala; al parecer, pertenecían a una secta que cree que este año va a ser el último. Al menos, para ellos sí que lo ha sido.

—Sí, ya lo he hablado con Charlie. Creo que aprovecharé mi visita a Teotihuacán para hablar de las profecías mayas —señaló Richard tranquilizando a su jefe.

—Muy bien, pues nada, veo que está todo controlado. Imagino que no tendré que contarte nada más. —Clavó la mirada en la de Richard.

—Estoooo, ehhhh, ¡no, por supuesto! ¡Todo en orden!

—¡No quiero sorpresas! ¿Me oyes, Richard?

—¡Perfectamente! Seré un buen chico. Gracias por confiar de nuevo en mí. El jefe le interrumpió, no era muy dado a expresar sentimientos.

—¡Bueno, bueno! Ah, por cierto... cualquier cosa que necesites... ¡pídesela a Charlie! —Daniel se marchó sonriente y satisfecho por haber podido colarles un chiste a los dos amigos.

La hora de comer sorprendió a Richard recopilando datos sobre México como si de un disco duro se tratara. Cuando comenzaba a trabajar se abstraía y las horas pasaban por su mesa sin que fuera consciente de ello. Aunque Charlie le llamó para que almorzaran, según habían acordado, se conformó con un frío sándwich de la máquina para no interrumpir su concentración. Después de varias horas, Richard se despezó en la silla. El dolor de espalda fue el aviso de que la jornada había terminado. Miró el reloj. Si se daba prisa, aún podía hacer sus cuarenta y cinco minutos de *footing* por Central Park sin que hubiera anochecido.

Los dos días siguientes, Richard estuvo trabajando en su despacho de casa. Paula y él apenas habían coincidido. Ella estaba haciendo un reportaje para su revista y la tenía abducida, pero le prometió que el día antes de su viaje cenarían juntos y dormiría en casa.

Richard mandó el último mail de la mañana y cogió su chaqueta. Había quedado para comer con Charlie, le tenía que dar toda la documentación para el viaje. Habían quedado en verse en uno de sus locales favoritos, el JG Melon, un coqueto restaurante situado entre la Tercera Avenida y la calle 74, decorado al estilo irlandés, donde se comían unas de las mejores hamburguesas de la ciudad.

Cuando entró, le recibió la sonrisa de una de sus cámaras.

—¡Hola, Richard! ¿Cómo te va? ¡Nos tenías abandonadas!

—¡Sí, lo sé! He decidido cuidarme un poco y estoy tomándome con calma lo de las hamburguesas —contestó dándose un par de palmadas en los abdominales.

—Ya sabes que estás estupendo. —La camarera le lanzó una mirada que le recorrió todo el cuerpo—. Además, nuestras hamburguesas son *extra light* —dijo sonriente—. Bueno,

ya has visto que te tengo reservada tu mesita junto a la ventana. ¿Vas a comer con Charlie?

—Sí, es mi buena acción en la vida: cuidarle, protegerle y hacerle compañía.

—¿Esperas con una cerveza?

—¡Por supuesto! Si caemos en la tentación, hay que hacerlo con todas las consecuencias —dijo guiñando un ojo a la apuesta camarera.

—Pues ahora mismo te traigo tu Budweiser.

No había pasado ni un minuto y Richard ya tenía la cerveza helada sobre el mantel a cuadros blancos y verdes tan representativo del local. Abrió su Moleskine y comenzó a repasar sus notas. Un fuerte golpe en el cristal le sobresaltó. Charlie le dedicaba unos cuantos gestos obscenos desde el otro lado de la ventana. Nada más entrar, cumplió con la obligación de besar a todas las camareras que le salieron al paso.

—¿Qué tal? —Charlie le abrazó.

—Pues, sinceramente... ¡mejor que tú!

—¡Ya empezamos...!

La camarera le acercó una cerveza a Charlie.

—¡Chicos! ¿Qué os pongo? ¿Dos hamburguesas con todo, como siempre?

Los dos colegas se miraron y sonrieron.

—¡Por supuesto! ¡Somos marines! —Charlie y Richard brindaron con sus botellas como dos colegas haciendo novillos. La camarera se marchó moviendo las caderas convencida de que los dos amigos le estaban mirando el trasero.

—¡Antes de nada! —Charlie pasó a la acción—: Te paso todos los papeles que te he traído. —Sacó de una carpeta varias hojas—: Aquí tienes los billetes de los tres, los bonos para el hotel, la reserva del coche de alquiler y todo lo que puedas necesitar. Fírmame aquí, que es el recibí para el dinero. En el sobre tienes tres mil dólares. Te paso también una Visa por si te quedas sin dinero. El pin te lo he enviado a tu correo electrónico.

Richard guardó toda la documentación. Habían llegado las hamburguesas. Cogió con fuerza la jugosa mezcla de carne, lechuga, tomate, diferentes quesos y pan recién hor-

neado y hundió sus fauces deleitándose con su característico olor a brasas. El primer bocado lo masticó lentamente, saboreando con cada mordisco la preciada combinación. La salsa se le escapaba por los dedos y tuvo que coger varias servilletas.

—Mañana llegas a D.F. sobre las nueve de la noche. ¿Necesitas que te recojan en el aeropuerto? —preguntó Charlie.

—Me escribió Fernando para decirme que me recogía él. Me da la impresión de que tiene ganas de tequila y creo que yo también.

—Hablando de tequila... —Charlie endureció su rostro—. ¡Tenemos que hablar!

—¿Otra vez, Charlie? ¡No puedo con otra charla!

—No, te lo digo en serio. Ya sabes lo que me ha costado que vayas a este viaje. No van a consentir ni una más de tus locuras. ¿Está claro? Prométeme que no te meterás en líos.

Charlie le agarró por el hombro.

—¿De qué líos me hablas, querido amigo?

—¿Tengo que recordártelos todos? ¿Te recuerdo el más gordo? Porque gracias a ti se escapó uno de los narcotraficantes más buscados de México.

—Sí, pero yo pensé que era un pobre hombre perseguido por la policía. Cualquiera habría hecho lo mismo. —Observó el semblante de su amigo—. Bueno, cualquiera menos tú.

—Richard... ¡Es la última oportunidad!

—Esto es muy injusto, llevo mucho tiempo siendo un buen chico. ¡Confía un poco en mí!

—Creo que eso es lo que estoy haciendo.

Charlie se dedicó de lleno a su hamburguesa. Durante un buen rato, los dos amigos sólo lanzaron algún sonido gutural, deleitándose con la genial mezcla de carne y panecillo.

—Por cierto, hablando de todo un poco... ¿Qué tal Paula? ¿Habéis hablado? —Charlie intuía que las ganas de tomar tequila de Richard tenían algo que ver con su mujer.

—Vamos a salir a cenar esta noche. Quiero irme a México con la cabeza tranquila.

—Sí, ya me imagino.

A la hamburguesa le siguieron un *cheesecake* y el café. Richard consultó su reloj y se despidió de su amigo. Central

Park le estaba esperando para cobrarse las calorías ingeridas. Los dos colegas se fundieron en un cálido abrazo y quedaron para cenar y contarse todas las historias el día que Richard regresaba de México.

Cuando Richard llegó a casa, encontró una nota en la entrada. Era de Paula.

Querido Richard:

Me ha surgido un reportaje en el último momento. He llegado a casa pensando que te encontraría. Te he llamado y me ha saltado tu buzón. Estaré cinco días en París. Pásatelo muy bien en México.

Llámame.

Richard aplastó con todas sus fuerzas la nota y la arrojó contra la pared. Cogió el móvil y vio que, efectivamente, tenía una llamada perdida. No lo había oído con el ruido del restaurante. Fue directo a la cocina. Abrió la nevera y sacó una Budweiser. El día había terminado para él.